



Horacio Vázquez-Rial

LA GUERRA SECRETA

Historia del Triste

El lugar del deseo

La libertad de Italia

Territorios vigilados

Crónica de Ana

f
iccionario

Annotation

Militantes clandestinos, lumpenes suburbanos, policías y prostitutas, hombres en fuga, asesinos y asesinados, brujas y vírgenes perversas se mezclan en las páginas de \La guerra secreta, unidos por el amor, el espanto y el sentido de la historia. Buenos Aires, Madrid, Barcelona, La Habana y la selva paraguaya o brasileña son los escenarios en los que discurre este libro lúcido y apasionante, suma de cinco novelas ligadas entre sí por el gran tema de la añorada e imposible revolución.

Quienes pretendieron cambiar el curso de los acontecimientos sin tener el poder para ello se vieron inmersos en una locura colectiva, en una guerra con apariencia de paz pero con derrotas sangrientas: sus peripecias jamás desembocaron en un triunfo. Si acaso, en una huida exitosa, de esas en las que se salva la vida y se pierde la ilusión para siempre. Vázquez-Rial propone, en el relato de la Argentina de la dictadura, una metáfora magistral del siglo XX, sin duda el que más esperanzas y más fracasos ha sumado desde que el hombre es hombre.

HORACIO VÁZQUEZ-RIAL

La guerra secreta

Ediciones B, S.A

Sinopsis

Militantes clandestinos, lumpenes suburbanos, policías y prostitutas, hombres en fuga, asesinos y asesinados, brujas y vírgenes perversas se mezclan en las páginas de \La guerra secreta, unidos por el amor, el espanto y el sentido de la historia. Buenos Aires, Madrid, Barcelona, La Habana y la selva paraguaya o brasileña son los escenarios en los que discurre este libro lúcido y apasionante, suma de cinco novelas ligadas entre sí por el gran tema de la añorada e imposible revolución.

Quienes pretendieron cambiar el curso de los acontecimientos sin tener el poder para ello se vieron inmersos en una locura colectiva, en una guerra con apariencia de paz pero con derrotas sangrientas: sus peripecias jamás desembocaron en un triunfo. Si acaso, en una huida exitosa, de esas en las que se salva la vida y se pierde la ilusión para siempre. Vázquez-Rial propone, en el relato de la Argentina de la dictadura, una metáfora magistral del siglo XX, sin duda el que más esperanzas y más fracasos ha sumado desde que el hombre es hombre.

©1986, Vázquez-Rial, Horacio

©2001, Ediciones B, S.A

ISBN: 9788466600804

Generado con: QualityEbook v0.87

Horacio Vázquez-Rial

La guerra secreta

1.^a eDICIÓN: enero 2001

© Horacio Vázquez Rial, 1986

© Ediciones B, S.A., 2000

ISBN: 84-666-0080-9

PRÓLOGO DEL AUTOR PARA ESTA EDICIÓN

CADA una de las novelas que he ido escribiendo en los últimos veinte años implica la realización parcial de un proyecto narrativo que se extiende a lo largo del tramo final del siglo XIX y de todo el XX, en escenarios de Europa y de América. Concretamente, desde el año 1880, en que se inicia *Frontera Sur*, hasta la actualidad: *La pérdida de la razón* termina en 1998. Concretamente, en Buenos Aires, Barcelona, Madrid, París, Berlín, Londres, Roma, Atenas, Montevideo, La Habana, Nueva York y Washington, y algunas pequeñas islas del Caribe, y algunos pueblos del interior de España, Uruguay y Argentina. La idea de reunir el conjunto en una única edición es de realización necesariamente póstuma, por cuanto, mientras sea dueño de mi cabeza, iré añadiendo nuevos capítulos a esa historia coral. No obstante, hay algunos libros que, habiendo sido concebidos en un principio por separado, poseen una continuidad absoluta y conforman un todo. Tal es el caso de *La reina de oros* y *Los últimos tiempos*, que aún se editan por separado. También el de *La libertad de Italia* y *Territorios vigilados*, textos que componen, en verdad, una única novela, y que aparecen juntos por primera vez en el presente volumen.

Las cinco obras que integran este libro no fueron escritas en el orden en que se presentan hoy al lector. La primera fue *La libertad de Italia*. Nació como un homenaje a su protagonista, Miguel Arellano, nombre real de un hombre real, que se puede encontrar en las listas oficiales de los detenidos-desaparecidos en la Argentina. Arellano fue mi amigo y mi compañero de militancia en épocas lejanas, y en la novela se teje una fantasía a propósito de la posible pero irrealizable ruptura con los absurdos lazos impuestos

por la historia a un individuo que se ha entregado por entero a su construcción.

La libertad de Italia se engarza lógicamente con mis tres primeras novelas —*Segundas personas*, *El viaje español* y *Oscuras de la luz*—, en las que había tratado, desde diferentes puntos de vista, el problema del exilio y de la condición apátrida. *Segundas personas* discurre en torno del masivo exilio argentino de la década de los setenta. *El viaje español* refiere el destino de los republicanos, los anónimos republicanos que se marcharon en 1939, y su regreso, o el de sus hijos, después de la muerte de Franco. *Oscuras materias de la luz* es una reflexión sin precisiones geográficas sobre la existencia de quienes han sido arrancados a su medio inicial y obligados a recomenzar en otro lugar, estructurada en función de una historia de amor. En todos los casos, se organiza paralelamente un discurso sobre las relaciones entre política y moral, historia y memoria, violencia y rebelión. Y lo mismo sucede en *La libertad de Italia*, y en la peripecia de Arellano, un vasco en Buenos Aires comprometido con las miserias locales, que viene a morir a Barcelona en una fuga vana.

El segundo texto, *Crónica de Ana*, fue escrito en menos de treinta días de agosto y septiembre de 1984. Constituyó, en mi interior, que no en mi conciencia, la preparación sentimental de *Historia del Triste*, terminado en diciembre del mismo año. Igual que la anterior, y que todas las que aparecen hoy con el título general de *La guerra secreta*, pertenece a la serie de novelas que, con más atención al escenario que al sentido de las historias que en ellas se narran, algunos críticos han definido como «ciclo argentino» en mi obra. La trayectoria de Ana María González, que tal era el nombre entero de la muchacha a la que en el relato se alude como Ana M., se desarrolló, en efecto, en la ciudad de Buenos Aires. Si por ello es justo integrar la narración en un «ciclo argentino», por la reflexión que en ella se expone cabría integrarla en un «ciclo de la revolución

imposible», o «de la utopía bárbara», o «de la clandestinidad». Porque en ella se plantea un interrogante mayor, que ha generado mucha literatura: «¿Quién manda realmente en las organizaciones revolucionarias clandestinas que se valen del terror?» Ese interrogante está ya en el fondo de *Los demonios* de Dostoyevski, de *El hombre que fue jueves* de Chesterton y de *Los siete locos* y *Los lanzallamas* de Roberto Arlt, y, más cerca de nosotros, del *Netchaiev* de Jorge Semprún, de *Lectura insólita de El Capital* y *La costumbre de morir* de Raúl Guerra Garrido, y de *La rusa* de Juan Luis Cebrián. Yo me permití formularla en relación con el Estado terrorista y el terrorismo estatalista y militarista de la Argentina de los años que van de 1973 a 1982.

El terrorismo es hijo y padre del Estado: nace para oponérsele y justifica el desarrollo y el refinamiento de sus peores aspectos: impulsa el golpismo y contribuye a la perpetuación de las dictaduras. Esto pertenece al abecé de la política, y Jorge Dimitrov protagonizó en su momento el debate definitivo sobre el tema. También pertenece al saber político la necesaria, inevitable fascistización de las organizaciones clandestinas, condicionadas por la verticalidad y por la inapelabilidad de las órdenes. Pero éstas son realidades que sólo pesan en la literatura en la medida en que nada de lo humano le es enteramente ajeno. La novela jamás podría exponerlas en términos netos porque su objetivo es la verdad, en su sentido absoluto. «Ya no se puede llegar a la verdad, excepto en una novela», escribió Stendhal a Mme. Destutt de Tracy, convencido del valor singular de su propia y muy perfeccionada forma de acceso al conocimiento.

Crónica de Ana está construida con fragmentos de un diálogo, en parte oral, en parte epistolar, entre dos personajes que reaparecen intermitentemente, ya en lugares principales, ya en lugares secundarios, en el resto de mi obra: Tristán Justo, protagonista de *El lugar del deseo*, y

Walter Bardelli, núcleo de la acción de *La isla inútil* y narrador de *Las leyes del pasado*.

La tercera novela en orden de escritura es *Historia del Triste*, la más independiente de las cinco, por cuanto ninguno de sus personajes, de destino cerrado, podía volver a aparecer en textos posteriores. Respecto de este libro y de su actor principal, escribí en 1987 lo que sigue:

«Cristóbal Artola, el Triste, no sólo es un personaje de Buenos Aires, sino que, en gran medida, es una representación de su ciudad, que no se explica sin los habitantes de sus márgenes, como éstos no se explican sin ella.

»El Triste nació en mí como respuesta simultánea a dos preguntas que se solapaban, a partir de una aguda conciencia de la participación del individuo en la Historia: ¿hasta qué punto conoce cada hombre las consecuencias de sus acciones sobre el destino general?; y ¿cómo experimentan *los otros* su realidad histórica?

»Cristóbal Artola es absolutamente otro en mi ánimo, su trayectoria es por completo diferente de la mía, no comparto con él ningún código y, sin embargo, no me es ajeno: él ha desempeñado un papel central en mi devenir; en aceras enfrentadas, hemos participado de los mismos hechos. Cuando empecé a escribir la novela, yo estaba convencido de que lo que nos separaba era la lucidez, mi lucidez; yo sabía que estaba haciendo la historia, en el bando del progreso, y creía que él, sin saberlo, la estaba haciendo en el bando opuesto. Cuando terminé, las cosas no me resultaban tan claras. Finalmente, ni yo estaba tan seguro de mi propio rol, ni de las verdades supuestas del bando en que lo había desempeñado, ni él, el Triste, ignoraba enteramente sus propias funciones.

»En todo caso, sí seguía habiendo una distancia: consciente de que mis pasos como individuo repercutían en el camino de los demás, yo había asumido darlos en un determinado sentido, con la decisión de extremar sus efectos en orden a lo que estimaba el bien general. Cristóbal Artola,

según iba entendiendo las derivaciones de sus movimientos, optaba por reducirlos a un mínimo. En algún momento de su historia, el Triste, por razones oscuras aun para él mismo, empieza a dirigir sus esfuerzos a obtener sus medios de subsistencia con la menor cantidad posible de alcances para el resto de los hombres: un camino hacia la dignidad como cualquier otro.

»La ciudad —no unos edificios, sino un lugar y unos años insustituibles, es decir, nuestra época histórica— nos proponía a los dos las mismas contradicciones. El las enfrentaba a su modo, a partir de unos valores recibidos en su origen, vinculados sobre todo a una concepción del trabajo muy diversa de la que yo, intelectual altamente politizado de la clase media, podía tener: él vendía sus capacidades para sobrevivir; no importaba si quien las compraba lo hacía con un fin “honrado”. Yo trataba de comprender sus motivos. Tardé mucho en darme cuenta de que él también trataba de comprender los míos. No por generosidad: para salvarse. Pero es que yo tampoco procedía a impulsos de la generosidad, aunque creyera lo contrario: como él, quería salvarme. Tuve que aprenderlo leyendo en su existencia, escribiendo su historia, pegándome con todo el amor y con todo el odio de que era capaz al aire de Buenos Aires, a los rumores de la memoria de Buenos Aires, de sus cloacas, de sus muertos, de sus prostitutas, de sus asesinos.

»Yo había llegado a vislumbrar, sin miedos vanos, el abismo de la muerte. Pero el mundo de la tortura, del dolor por el dolor mismo, infligido por mano humana, escapó siempre, y sigue escapando, a mi razón. Cristóbal Artola, habiendo hecho de la muerte un oficio, se topaba con los mismos inconvenientes con que yo me había topado. En ese límite volvíamos a encontrarnos. Para mí, como para él, ahí estaba el comienzo de la tragedia. Habitábamos la misma ciudad y el mismo misterio que los hombres que sí habían dado ese paso. Mi viaje terminaba en España; el de él, en el montón de las víctimas. En cada instante, nos unía la

historia y nos separaba la extracción de clase. Yo imaginaba estar haciendo una historia al servicio de su clase, y él hacía una historia al servicio de la mía: los dos nos habíamos situado fuera de la lógica de los acontecimientos y debíamos desaparecer. Desaparecimos.»

Poco más puedo añadir hoy a lo escrito entonces sobre el Triste y su historia. Lo que sí puedo decir es que no sólo él y yo nos situamos fuera de la lógica de los acontecimientos: todos mis personajes están marcados por esa misma señal.

A la *Historia del Triste* siguió *Territorios vigilados*, continuación y consumación natural de *La libertad de Italia* e inseparable de ella, y terminada en 1987. En esta novela nace Joan Romeu, que aparecerá más tarde en lugares destacados de *Los últimos tiempos* y *La pérdida de la razón*. También nace en este libro un narrador, una mirada, aún sin nombre: el tiempo convertiría esa mirada en la de Vero Reyes, coprotagonista con Joan Romeu de las dos obras mencionadas y narrador de *Frontera Sur*, *El soldado de porcelana* y otros relatos en elaboración.

Por último, en 1991, surgió de alguna zona de mi interior, de mi memoria o de mi olvido, *El lugar del deseo*. Su personaje principal, Tristan Justo, una de las voces de la *Crónica de Ana*, se parece mucho al muchacho que yo había sido a principios de los setenta. Como él, estuve obsesionado por Velázquez. Como él, dudé gravemente al escoger entre la militancia y la escritura. Como a él, me ayudaron el amor y la claridad de otros: como a él, como a Romeu, como a Reyes, como a Gustavo Duran, como a otros personajes míos, me angustiaba la posibilidad de incumplir mi destino verdadero y recibí luz y voluntad de los más sabios y las más generosas. El más perfecto y rico de mis tutores, el Jean-Jacques Singer de *El maestro de los ángeles*, se llama aquí Jacobo Beckman. En *El lugar del deseo* se cuenta su final: su pasado discurre íntegro entre *Frontera Sur* y *El soldado de porcelana*, junto al de Antonio Reyes,

padre de Vero, que, en cambio, acaba sus días en *Los últimos tiempos*. También aparece la más libre, la más bella: Mima Salas, sucedida en la existencia de Tristán por Luna Beckman, y que prefigura la Elena de *La reina de oros*, la Teresa de *Frontera Sur*, la Ximena Varela de *El soldado de porcelana* o la Cecilia Tuñón de *La pérdida de la razón*, mujeres cada vez más singulares, más profundamente independientes y, por ello, más definitivas y trascendentes.

La elección del orden de las novelas que componen *La guerra secreta* no obedece, pues, al orden de su escritura, sino a la cronología general en el caso de *Historia del Triste*, *El lugar del deseo*, *La libertad de Italia* y *Territorios vigilados*. He dado el último lugar a *Crónica de Ana* porque creo que las precedentes iluminan su forma fragmentaria y las glosas líricas que acompañan la trama. En cualquier caso, se trata de una propuesta de lectura, salvo en el caso de *La libertad de Italia* y *Territorios vigilados*, donde la disposición sucesiva, como el lector comprobará, tiene un sentido preciso, hasta el punto de que ya nunca más autorizaré su edición por separado.

Por último, quiero recordar que *Historia del Triste* y *La libertad de Italia* fueron publicadas inicialmente en 1987, y *Territorios vigilados* en 1988. Por diversas razones, algunas personales y otras de conveniencia u oportunidad de mercado, *Crónica de Ana* y *El lugar del deseo*, anunciadas en varias ocasiones, permanecieron inéditas hasta la fecha.

HORACIO VÁZQUEZ-RIAL
Barcelona, agosto de 2000

HISTORIA DEL TRISTE

¿QUÉ puedo hacer con esta vieja historia?

¿Contársela a los hombres distraídos?

¿Olvidarla por fin tras una puerta como el bastón de un muerto?

¿O dejarla caer, deshecha en polvo, sobre el pecho caliente y las rodillas de alguna historia nueva?...

CONRADO NALÉ ROXLO, *Secreto*

Libro I. Otro sur

ARRABAL amargo,
metido en mi vida
como la condena
de una maldición.

ALFREDO LEPERA,
Arrabal amargo